

Amor Confinado por J.Juny

Una pantalla, tú y yo. Tiempos de cuarentena.

—Es que una amiga me dijo que me lo hiciera...

Tinder. Otra aplicación más para buscar al amor de tu vida. Tú no te fíes de mí, pero yo tampoco. Pero, bueno, las conversaciones en este chat horrendo van fluyendo de tal manera que mis expectativas alcanzan el vuelo. Quizá sea ella la definitiva.

Vivimos en la era digital. Todo online, y ya no es necesario verse las caras para conocer a alguien. Lo que más cerca que tienes en estos momentos es tu pantalla, y esta «app» me ayuda haya o no pandemia. Así conocí a Marina. Los dos deslizamos nuestros dedos a la derecha, confirmando que nos gustábamos. Por un par de fotos. Ya ves. Al final acabas intercambiando teléfonos porque, sin dudarlo y tras cuatro frases, tenemos la necesidad de vernos ya.

Si desde un móvil te hace reír, te ilusiona, hace que te mantengas alegre cuando la ves conectada y te pones triste cuando no te habla, igual deberías encontrarte con ella. Concertamos cita tras cinco días de palabrería digital.

Esto sucedió solo unas semanas antes de este confinamiento cruel. Quedamos a las ocho y media en esa cervecería. Llevo poco en esta isla, pero mi adaptación es tal que nunca hablo de bajar a Ibiza, sino a Vila. Mi GPS y Google Maps hacen el resto.

Según voy conduciendo me doy cuenta de algo. Esta ciudad tiene luz. Diferente a mi Salamanca dorada por la piedra histórica, pero a blanco y azul no os gana nadie. Creo que estoy madurando.

Llego diez minutos antes que ella, así que espero en la puerta, observando a los fumadores y escuchando sus conversaciones banales. Por fin podré olerla, pienso, mientras viene hacia mí el humo del tabaco de ese tío. No puedo negar que estoy algo nervioso, pero me tranquiliza el hecho de recibir un mensaje suyo diciéndome que ya está aparcando.

Y ahí aparece... casi como en la foto que me mandó hace unos días vía WhatsApp, pero más brillante. La ropa negra hace que sus dientes resalten de una manera extraña. No sé si esto quedará en unas cervezas contándonos batallitas o si por el contrario me aborrecerá y saldrá escopeteada. No me da tiempo a pensar más, porque unos metros antes de llegar a mí, y casi gritando, suelta:

—¡Hola Pedro! —Se acerca y me arrea dos besos que me dejan sin aliento.

Yo la veo ilusionada, esa es la única verdad. Mi verdad.

—¡Marina, que guapa vienes!

Como si fuera mi amiga del colegio... No hay más frases ni adjetivos en el diccionario y se me ocurre lo más insustancial. Mierda.

Olvido en un suspiro lo que acabo de decir, giro la manija y abro la puerta del bareto para que entres tú primero. Mi padre puede parecer un animal de bellota a veces, pero esta caballerosidad que me inculcó, y que con estos tiempos actuales se va perdiendo, sin querer te acaba de sacar otra sonrisa. Estamos aquí, en un bar lleno de gente y pinchos de tortilla. Me voy a dejar de expectativas y a empezar a disfrutar. Y es obvio que lo hacemos. Pero, hace solo una hora, unos pocos vinos y cervezas que nos conocemos, así que no corras, maldito.

—¿Cómo mi mente puede avanzar hasta imaginarme una vida contigo en menos que canta un gallo?

Tengo un problema. Pero es que me parece tan sumamente atractiva. Sus movimientos de manos mientras relata una anécdota sobre un día que tropezó al entrar en la discoteca de moda me hacen sonreír de una forma pícara. Encima graciosa. Tanto Rioja empieza a trabar su lengua, y a mí me importa poco. Solo la quiero besar en esa terraza cerrada con brezo. Me acerco mirándola fijamente a los ojos y allá voy. Parece que estoy tocando terciopelo. Suavidad, ternura y algo salvaje entra en mi interior.

«¡Cómo besa!», pienso. Pero en ese instante suelta mis labios, recupera su voz y me dice:

—¡Qué bien besas!

Y ahí, justo ahí, me di cuenta que eras TÚ.

Es tal el embobamiento mutuo que los camareros han empezado a limpiar y recoger. Están a punto de cerrar y no queda ningún cliente más que nosotros. Nadie se percata de que estamos allí hasta que me levanto a pedirles la cuenta.

—Pensé que estábamos solos —me dice el chaval con una cara que es un poema.

Han pasado horas, y entre tanta gente que abandonaba el lugar, nuestras miradas no se apartaban de nuestros ojos. Hemos podido quedarnos encerrados. Imagínate, tú y yo, una noche, alcohol... La realidad es que tú, hace exactamente siete minutos, me has invitado a tomar la última en tu casa. Allá que vamos.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy en tu cama acariciándote la piel, tan dentro de ti como si te conociera de toda la vida. Pura adrenalina.

Esa noche...en fin, esa noche, sin palabras. Al día siguiente, y tras dormir abrazados solo unas pocas horas, me despiertas.

—Guapo, tengo que ir al curro, lo siento. Y mi compañera de piso tiene que ir a trabajar también. De verdad que lo siento muchísimo.

—Tranquila, que así voy a mi casa y duermo. Luego hablamos.

Me visto rápido, coloco de aquella manera mi cabello y camino hacia la puerta saludando a su compañera, que alucina un poco con la situación.

Esto no se acaba aquí. Día sí y día también, hablamos. Volvemos a vernos cada día. Y pasan los instantes y su reflejo es mi reflejo, su risa y la mía cómplices, y su fuego el mismo. Somos muy parecidos en multitud de cosas. Toxicidades, mentiras, lágrimas...tantas primaveras para encontrar una buena persona y apareciste tú.

Por supuesto, algo malo debía tener esto, así que entra en escena ella. Doña pandemia mundial. Confinamiento total. No podremos vernos más de momento.

¿En serio?

A cambiar los hábitos entonces. SMS, llamadas, audios, fotos eróticas... El cambio del ser humano en este horror actual es alucinante. Somos bipolares. Un día te crees el rey por haber hecho pan y al día siguiente lloras porque echas de menos hasta a la mascota que tenías con tu ex pareja, y que ahora te daría la vida.

Pero tú, Marina, sacas lo mejor de mí. Mi escritura era un hecho perdido desde tiempos inmemorables y ahora, gracias a ti, ha vuelto a resurgir. Alguien que en una noche ha hecho que mezcles lágrimas, música, poesía y sexo telefónico, y hasta te ha movido el mundo, ¿no se merece como mínimo que le folles la mente hasta el infinito?

Esa era mi idea. Aunque todos somos humanos y aquel día que tuviste de bajón fue lo peor. Tu conciencia o libertad deseada hizo que me llamas para decirme que yo era muy buena persona, pero que, con todo el dolor de tu corazón, preferías estar soltera y no atarte a nadie. Y que este momento de depresión y soledad no ayudaba.

Así, sin más.

Me has destrozado, pero solo te conocía de dos semanas al aire libre y casi tres en cuarentena. Así que adiós, sé feliz, te lo mereces. Hasta más ver. Seguiré con mi vida.

Los miedos siempre aparecen y, como decía Miguel Delibes, «el miedo pesa». Muchacha, intenta ser feliz, pero no dejes que el miedo te hunda. Y es que, en esta cuarentena, yo ya no sé ni que hacer. Después de esta decepción me he quedado algo tocado.

Igual el olor a tinta de mi vieja biblioteca me eche una mano. Hojeo miles de libros hasta llegar a la enciclopedia antigua del mueblebar. Reviso hasta el diccionario, ya ves, y moviendo las páginas aleatoriamente encuentro esto:

## **Aparición**

1. Acción de aparecer o aparecerse.
2. Figura irreal, imaginaria o fabulosa, que alguien cree ver; especialmente, imagen de una persona fallecida que se aparece a alguien.

Pues últimamente el goteo incesante de apariciones es alucinante. Como diría Iker Jiménez: ¡*Bienvenidos a la nave del misterio!* El problema es que no ha sido en Lourdes ni en Fátima...sino en mi habitación. Mi móvil, tras esta relación y ruptura fugaz, es un hervidero. Nadie sabía de mi situación sentimental. Igual es verdad que ellas sí que tienen un sexto sentido.

Salta una notificación y ahí está, esa persona que hace tiempo me trató con indiferencia, asco o simplemente no dijo ni hasta luego. Ahora ya no me importa ni tu nombre. Sé que eres tú por la foto de perfil, pero ya no estás ni entre mis contactos.

Vamos a salir mejores de esto dicen... Permíteme que lo discuta. Saldremos, sí, pero si eras un malnacido, aterrizarás en la calle igual; igual más pálido, a no ser que tengas terraza. Si eras un triste y todo te va mal, pues dale...sal de casa a seguir infectando a la gente con tus mierdas. Pero si eres enorme de corazón, no cambies, porque ellos van a hacerte rabiarse sutilmente, tú no seas cómplice.

—¡Hey! ¿Cómo te va?

En casa, estúpida. El último adjetivo queda dentro de mis dientes. Soy cordial. No sé si preguntarte a ti, porque no tengo ninguna duda de que no has cambiado, por desgracia. Sé que la cuarentena es dura, pero yo estoy muy tranquilo aquí con mis letras, así que pasa palabra.

¿Realmente te interesa, niña? O quizá es que te das cuenta de tu maldad, del daño que me hiciste, y quieres limpiar tus pecados. Aguanta un poco, que ya en nada abren las iglesias y se lo podrás contar al fenómeno del confesionario. Igual un sacerdote se cree tus patrañas para ser mejor feligrés y te manda los rezos necesarios para salir limpia de alma y corazón. Como si el de la sotana no tuviera pecados; pero como es hijo de Dios, le hacen copia de seguridad y lo formatean sin problemas.

En definitiva, no suelto mis pensamientos reales y le contesto de forma cordial.

—Estoy bien, gracias, en casa.

Te diría que en mi mundo y con ganas de correr, abrazar, besar, saltar y beber sentado en una terraza al sol. Pero no será contigo, que más que una aparición, eres una fantasma. Feliz confinamiento y reza tres padrenuestros, nena.

Aunque no es la única.

A la par me escribe ella. Natalia. Hace años fue mi gran amor. Mi vida amorosa en estos últimos años se asemeja a un pretendiente de ese programa de la televisión. No firmé muchos finales felices, pero historias...ese es otro cuento.

—¿Hola, qué tal?—Y emoticono sonriente.

Hubo millones de momentos posteriores, pero mi princesa siempre siguió en mi cerebro, incluso cuando besaba a otras personas. Era libre cuando estaba entre mis brazos en la cama y la rodeaba con la mano más blanda que un flan, porque me atrapaba la mano, sí, pero también el alma. Ojalá pudiera lanzar mi dardo hacia ti otra vez y derribarte, pero no tengo un tiro certero, y además ahora no puedo jugar, solo echar una partida de solitario.

Necesito estar solo. Aunque no quiera.

Ayer, mi mejor amigo me comentaba justo eso en una videollamada.

—Tío, esto lo pasaras mejor solo que mal acompañado. Mírame a mí, que tengo que estar con mi novia y no la aguanto. Un día más, un día menos.

Me muerdo la lengua y callo. Igual si contesto me castiga ese Dios tuyo que no existe. A mí lo que me encantaría en este preciso instante es compartir. Uno es de entender la vida así. Mi familia me lo enseñó de pequeño. Desde un trozo de Bollicao a unos buenos días, un beso, agarrar una mano y pasear sacando motes a la gente mientras te diriges a tomar un poco de cebada...pero compartir.

Un día más, un día menos...cómo odio esa frase. ¿Para qué? Para ver como te encierras dentro de tu muro de hormigón armado sin un mísero estoy aquí. Hasta ahora.

A todas las personas les entra la necesidad de saber cómo estás y seguir metiendo el dedo en la llaga. Mira, perdóname, pero prefiero intensidad que indiferencia. Necesito abrazos de esos que te reinician, hablar cara a cara, mirar unas pupilas a centímetros y, por supuesto, entrar dentro de alguien que me quiera. Eso sí que es confinamiento y lo demás tonterías. Huir de esta soledad y que la zarpa de ansiedad que tengo agarrada al estómago desaparezca. Realmente lo necesito...pero tú, Natalia, ¿no crees que no vale solo querer a alguien cuando ya se ha ido?

No lo hagas y rescátame, malvada.

Así que le contesto, igual que haría con un ex compañero de trabajo: con coherencia, pero sin ganas, y sigo con mi vida. No me vale con un «¿Hola, qué tal?». Tras estos mensajes, me voy a poner en modo avión y encerrarme en casa. Al fin y al cabo, es lo que dicen en el Congreso de los Diputados que debemos hacer.

Aquí, en estos pocos metros cuadrados, me siento seguro. Mi día a día en esta caja de zapatos, llamada hogar, es intentar evadirme de mis anteriores problemas. ¿Y cómo lo hago? Lectura, escritura, cocina rápida y, cómo no, soñar.

Enciendo mi televisor, conecto Netflix y ahí me encuentro con un clásico. *Forrest Gump*. La veré por séptima vez. La vida es como una caja de bombones, decía. Sin que hayan salido los títulos, ya se me viene a la cabeza la imagen de cuando él, sin más, se ponía sus zapatillas y salía a correr..¿*Por qué corres? Solo porque me apetecía*. Y sí, era su tiempo de partir. ¿No es esta una metáfora de nuestra vida?

Perdón, pero yo no quiero ponerme a hacer pan como si fuera Chema el de Barrio Sésamo; no necesito encender mi móvil y hacer *running* virtual, mientras un *influencer* me dice cuántos kilómetros debo sudar o pedalear en una bici estática sin

moverme de dos metros cuadrados. Necesito aire, y no lo hay más puro que el que estamos dejando en estos momentos.

Quiero partir. Ya sea a África a observar animales en libertad, a lanzar una moneda a la Fontana di Trevi, o visitar Machu Pichu, pero partir.

Me es indiferente pasear por un mercadillo ibicenco, escuchando una versión de *Redemption Song* en esa guitarra hippie. Tomarme una cerveza mientras el sol se enconde detrás de Es Vedrá. Sobre todo, deseo avanzar por el casco antiguo de mi Salamanca fotografiando las catedrales, la Plaza Mayor, la Clerecía y la Casa de las Conchas por millonésima vez en mi vida, para pillar el bus 9 mientras suena Vetusta Morla en mis auriculares.

Llegar a casa de mis padres y, mientras les muestro mis fotos, ellos digan irónicamente: «¿No habías sacado esas fotos nunca, no?».

¿Sabes qué? No voy a contestar. Solo quiero pegar un bocado a esas lentejas, que esto para mí es el cielo sin dudarlo. La totalidad de tu vida, eso a lo que no dábamos importancia, es lo más maravilloso, lo que hace que esto tenga sentido.

Así que, aunque sea para mis adentros, pienso: «¡Corre, Forrest, corre!». Pero ni Tom Hanks consigue que me concentre. Suena el móvil otra vez y así no puedo desconectar. Tanta llamada, tanto mensaje con amigos hablando de lo mismo. Covid-19, mascarillas, hospitales, casa.

Sinceramente, mi cabeza está en otra cosa. Mis pensamientos últimamente finalizan en la misma palabra. Amor. ¿Y qué es el amor? No sabe/No contesta. Ellos siempre me dijeron que soy un romántico. Al fin y al cabo, son mis amigos y me conocen más que mi propia familia de sangre. Me dicen cosas como que soy como un pájaro de esos que llaman «agaporni», que tienen que vivir con su pareja, que soy un «ñoño», o que necesito un unicornio en mi vida para poder juntarme con él y cagar purpurina. Mis amigos otra cosa no, pero sinceros son un rato.

Mi sensación es que me gusta hacerlo todo con pasión. Lo admito, también soy un cabezón. Como se meta algo en la sien, no dejaré de intentar conseguirlo. Ya sea unos estudios de cocina, cuando antes no había hecho ni un huevo frito (que, por cierto, lo odio), a un curso de inglés en la otra punta del mundo, como así de repente ponerme delante de 100 personas a soltar un monólogo.

Teatro, la vida es puro teatro.

Quizá uno no sabe ver la vida de otra manera. Qué cosas. No sé si mi forma de ver la vida será para siempre o quizá únicamente me dure una semana, un mes o unas horas. Pero ya llevo unos cuantos años con esta sensación dentro de mi amasijo de piel y huesos.

En este juego de supervivencia cruel y despiadada que se llama vida, tengo claro que si abro mi pecho es para vaciarlo, no me van las medias tintas. Y no por eso uno es mejor o peor. Tener más defectos que nadie, cagarla una y otra vez... ese es mi sino.

Afirmo, sin ningún tipo de duda y dentro de mis capacidades, que, si puedo, no te voy a fallar. Escucha, he dicho si puedo, quién sabe. Porque aprendí a fallar, no me escondo. Anteriormente lo hice y, espero me perdonen, también fui un capullo.

¿Hay alguien perfecto? No. Mis dudas se disipan y sé a ciencia cierta que si tú estás o has estado en mi vida (para eso sí tengo muy buen ojo) es que seguramente eres una persona maravillosa cruzando el mundo, y yo no te quiero desaprovechar. No obstante, pasará. No tendremos coronavirus eternamente. Y de esta lentitud diaria que vivimos en la actualidad, pasaremos al frenético mundo anterior, aunque ya no sea el mismo. Pero sí seguirá habiendo cariño, afecto, ternura, pasión. Y yo tengo ganas de enamorarme.

Cuarentena... ¿Me dejas salir ya e intentarlo?